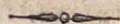


se proclamó la igualdad, que existia ya de hecho, desde el 4 de Agosto; acaso, hubiera valido mas dejarla establecerse, por si misma, sin exasperar hombres poderosos, aun, por sus riquezas, privandolos de lo que algunos escritores moderados llamaron chupador frivolo, y que ya no es peligroso.



§ III. Federacion del 14 de julio de 1790. —

Retiro de Necker. — Asunto de Nancy. —

Proceso del *châtelet* sobre los acontecimientos del 5 y 6 de octubre. — Decreto, que sometio los sacerdotes al juramento constitucional.

La asamblea conocia, que su fuerza verdadera estaba, enteramente, en la opinion pública, y que era ella á quien se debia, obedecer; los aristócratas que conocian, tambien, esta verdad,

hacian por desacreditarla, diciendo que abusaba de su poder. Para responder á esta infamia unió toda la Francia á sus trabajos, llamando à Paris diputados de todos los departamentos, ejércitos de mar, y tierra, nombrados por el pueblo, y los soldados, para que viniesen á aceptar, y jurar la constitucion. Esta *federacion nacional* se señaló para el 14 de julio, ilustre aniversario, que recordaba el primer dia de la libertad. Se levantó el altar de la patria, en el Campo de Marte, en medio de inmensas gradas de cespedes, adonde todo el pueblo de Paris debia ir. La municipalidad activaba los trabajos, para esta solemne fiesta; pero toda la actividad de los obreros no satisfacía la impaciencia de los Parisienses. Los ciudadanos de todas clases, de todas edades, y sexos se unie-

ron á los obreros. Se viéron los jóvenes mas elegantes de Paris mezclarse al mas humilde pueblo de los arrabales, para arrastrar el carreton, y manejar el azadon. En fin llegó el día grande y el rey, los diputados, los federados de todos los departamentos, Lafayette, y la municipalidad con todos los Parisienses, se fuéron al campo de Marte. El obispo de Autun (Talleyrand de Périgord) ofició pontificalmente, bendijo las banderas, y recibió los juramentos de la asamblea, del pueblo, de los federados, del monarca, de la reina, y de Monsieur. Dos años despues, el juramento se habia olvidado, y este fatal olvido debía traer treinta años de crimines, y desgracias.

Muchos días de regocijos públicos celebráron, en toda la Francia, la gran fiesta de la federacion: los federados

lleváron á sus departamentos la señal de la union mas pura, y franca, y la confianza mas entera en la asamblea nacional: sin embargo esta estaba dividida, mas que nunca, y por consiguiente perdía, cada momento, la inmensa fuerza de que, aun, podia disponer. Un nuevo poder se levantaba á su lado, é influia en todas sus deliberaciones; quiero hablar de estas famosas sociedades, que entónces trabajaban ya, de un modo seguro, aunque no se apercibia, y que muy luego fuéron formidables hogares de los desordenes. La mayoría de la asamblea estaba sometida á dos sociedades rivales, y divididas en opiniones. Esta division no estaba, aun, muy marcada, pues apénas, se distinguian los principios, que animaban á los dos partidos, quando tuvo lugar su primera

guerra; pero muy pronto se descubrieron los colores, y toda la poblacion de la Francia se dividió en *constitucionales*, y *jacobinos*. La opinion publica pertenecia á estos dos partidos, que se reunian, siempre, en las circunstancias importantes. Reservaban sus ataques, y su odio á los aristócratas, é imprudentes *monarquistas*, que, fijos, én ciertos principios, nada querian acordar á las circunstancias. Las dos sociedades secretas, que acabamos de designar, eran la de los constitucionales de 89, y la famosa de los jacobinos, poco despues, arbitra suprema de los destinos de la Francia. La primera era dirigida por Lafayette, Bailly, Sieyes, Lechapelier, etc.; y fué formada por miembros de la asamblea, que tenian mucho influjo, con el partido patriota, disgustado de

la exageracion de la segunda. Esta tenia, entónces, por gefes á Barnave, y los Lameth; pero Robespierre empezaba ya á gozar de una grande popularidad, y algunos otros revolucionarios, exaltados, poco conocidos en Francia, se preparaban á dejar un papel subalterno, que no convenia á su ambicion. Mirabeau pertenecia á ambas sociedades, y, cuando estaban divididas en opinion, su parecer arrastraba, ordinariamente, la mayoría, y hacia inclinar la balanza. Los jacobinos, disgustados de ver consolidado el reinado de la libertad, por la asamblea nacional, querian ir mas lejos, aun: sin objeto fijo, ní plan determinado, sembraban la desconfianza; alarmaban el pueblo, y parecia que esperaban el momento de una convocacion á la insurreccion....

Acaso tambien, algunos miembros, con poco influjo en la sociedad formidable, premeditaban la destruccion del orden social, sobre la que contaban fundar su dictadura, y su fortuna. Los constitucionales querian coronar la revolucion, con una constitucion sabia, y contener los movimientos del pueblo; pero no se atrevian á decir, abiertamente, que la revolucion se habia concluido; y, cuando los jacobinos proponian un decreto insensato, aunque popular, se unian á ellos; por no perder el favor público, que los rodeaba; algunas veces se unian, tambien, á los *monarquistas*, en las cuestiones de principios; pero estas ocasiones eran raras, porque los Virieu, los Malouet, y los Clermont-Tonnerre, habian tenido la debilidad impolítica de unirse, muchas veces, á los aristócratas, en sus

pueriles protestas, y perdido toda consideracion é influjo, sobre el pueblo, y en la asamblea. En vano Clermont-Tonnerre intentó despertar la atencion pública, y ganar la opinion general creando una sociedad semejante á la de los jacobinos<sup>1</sup> y asegurandose en los departamentos de numerosas asociaciones, que, asaltadas por el pueblo hicieron y provocaron muchas escenas escandalosas, obligando á las municipalidades á cerrarlas: y sin embargo estos *monarquistas* eran, á la vez, la mayor parte hombres de bien, y merito, y, en la abertura de los estados

<sup>1</sup> Diputados bretones se habian reunido para hablar de los asuntos públicos. Admitieron en medio de ellos algunos amigos, y formaron, de este modo, los primeros elementos de la sociedad de los jacobinos.

generales, su opinion era la dominante; pero tenian la imprudencia de chocar con las masas, en lugar de grangearse su voluntad. Quisiéron hablar á nombre de la razon, y regentar el pueblo, en lugar de hablar á nombre dél, haciendole conocer la razon: tratáron tambien, sin fruto, de dejarse guiar, por una opinion, que habian ellos mismos despreciado, y no pudo comprender la verdad, aun, saliendo de sus bocas.

Esta opinion se hizo una autoridad tan fuerte, que, despues de haber reinado sobre los hombres honrados, empezaba á establecerse en los cuarteles, y á ser, enteramente, poderosa sobre los soldados. Un deplorable acontecimiento hizo conocer el espíritu, que animaba las tropas. Algunos debates tuvieron lugar entre los soldados de tres

regimientos de guarnicion, en Nancy, y sus oficiales, con motivo de examinar cuentas, y el empleo de las *masas*; los soldados formáron juntas, y comisiones, para organizar la resistencia contra gefes, que halláron injustos. El regimiento del rey envió ocho diputados á Paris, para quejarse de sus oficiales; y el ministro de la guerra los hizo prender. Un antiguo oficial llamado Malseigne fué comisionado á Nancy, y verificó la cuenta de los tres regimientos; pero su altanería, y dureza, lejos de calmar su agitación, acabáron de exasperarlos. Los suizos de Château-Vieux diéron la señal de insurreccion, apresando á Malseigne; este huyó á Lunéville con Lanoue, comandante de la plaza de Nancy. Los regimientos del rey, y Maestre de campo se reuniéron á Château-Vieux; corriéron

á Lunéville, parlamentáron con los carabineros, que estaban de guarnicion en esta plaza, y consiguieron, que se les entregase á Malseigne; volviéron á Nancy, y se hicieron dueños de la plaza. La asamblea nacional, instruida de estos desordenes, dejó al rey el cuidado de calmarlos; y fué Bouillé encargado de poner, con la fuerza, fin á la insurreccion: las tropas de linea, y los guardias nacionales, que mandaba, confiados en el decreto de la asamblea, le favorecieron con vigor: Nancy fué tomado por asalto, y Bouillé apagó el hogar de la insurreccion, con arroyos de sangre. La corte se llenó de orgullo con este pequeño suceso, y no veia, que no era ella, sino la asamblea á quien los soldados de Bouillé habian obedecido: sin embargo ningun acontecimiento de la

revolucion habia hecho manifestar mas patriotismo, que el de Nancy. El sacrificio, que hizo el jóven Désille es digno de ocupar un lugar honroso en la historia. Este bravo, queriendo calmar la <sup>31 Agosto</sup> exasperacion de sus camaradas, se precipitó delante de sus cañones, en el momento, en que iban á dispararlos contra sus conciudadanos; retiraos le dijeron, que estamos resueltos á hacer fuégo; y quiso morir, ó reconciliar á sus hermanos. La asamblea nacional derramo lagrimas, por tan generosa muerte, y Paris se indignó, cuando supo la <sup>2 sept.</sup> sangre que se habia derramado en esta desgraciada accion, sin que hubiese precedido ningun medio de reconciliacion. A nombre de la asamblea, y segun sus ordenes mal entendidas, se obro conforme á las maneras brutales del antiguo